

El asesino no las quiere rubias

(Una novela “blanca” de Detectives Privados)

C. M. Federici

6. DORTEROS JUNIOR POR SU CUENTA

AJENO a las nubes de tormenta que se arremolinaban sobre su cabeza, el más joven de los Dorteros rebañaba con un trozo de crujiente “catalán” el remanente de un par de huevos fritos, para acometer, acto seguido, al pequeño flan que remataba su almuerzo relámpago.

—¡Mozo! —llamó—. ¡La cuenta, por favor!

Pasaban de las dos. Tendría que apurarse un poco para tomar el ómnibus que lo dejaría en las inmediaciones del barrio de Jorge Raskowsky. ¡Justo ahora se le había ocurrido “empacarse” a su temperamental “cachilo”! En otras circunstancias habría viajado en taxi; pero éste era un trabajo de bajo presupuesto, ya que Virginia Linares lo solventaba casi todo a base de puro encanto.

Quince minutos antes había recibido el llamado de su colaborador, informándole que el sujeto en cuestión acababa de ingresar a su domicilio. Este ayudante se estaba revelando como uno de los más competentes entre los que contratara en los últimos meses, se congratuló Juan Carlos. Quizás hasta considerase favorecerlo con alguna bonificación, ni bien aumentase el capital de la empresa...

Llegó a destino a las dos y veintidós minutos. Se cruzó en la esquina con su asalariado y le hizo una seña casi imperceptible con la mano derecha, sin mirarlo directamente. Al no escuchar de parte del otro el silbido de alerta, supo que todo marchaba bien. ¡Sin duda iba a encontrar a Raskowsky aún en su casa!

Cambió los anteojos normales por otros de cristales oscuros antes de entrar. Se trataba de una antigua vivienda, en deliberado estado de abandono por parte de los propietarios, confiados, seguramente, en que los perniciosos efectos del paso del tiempo, sumados a una desatención metódica, ahuyentaran a los inquilinos. ¡Resultaría fructífero demoler todo aquello y construir un nuevo edificio, que produjese alquileres más sustanciosos!

Al final de un pasillo descubierto, de muros descascarados, el detective encontró la pieza de Raskowsky: número 4.

NO SUENA. GOLPEE, leyó en un rótulo escrito en desparejas letras de molde, junto al timbre. Así lo hizo, quizás con excesivo entusiasmo.

SE OYERON ruidos en el interior. Luego, una voz desconfiada preguntó:

—¿Sí..., quién?

—¿El señor Jorge Raskowsky?

—Sí... —Una estrecha faja de la cara cerúlea y mal afeitada del inquilino ofrecióse a la vista del visitante—. ¿Qué..., qué deseaba, eh?

—Es sobre Lucy García. ¿Me permite pasar?

—¿De la policía? ¡Pero ya les dije todo lo que...!

—Soy abogado. —Juan Carlos empujó un poco con la mano abierta—. ¡Le prometo que no lo voy a demorar!

—¡No tengo nada que agregar a lo que ya declararé! —e intentó cerrar la puerta.

Juan Carlos había hecho una eficaz cuña de su zapato.

—¿Quiere que le traiga una orden del Juez? —amenazó.

La mirada de Raskowsky se clavó en la faz del intruso. Vio su expresión fría y determinada (no en vano Juan Carlos la ensayaba ante su espejo todas las mañanas), y optó por dejar libre el paso.

—Gracias —dijo el detective.

Había esperado algo por el estilo; pero le deprimió verlo con sus propios ojos. Las manchas de humedad, el polvo acumulado sobre el escaso mobiliario, las ropas de la cama en desorden, como si Raskowsky, que tenía puesto un pijama rasgado en una rodilla, hubiese estado ocupándola... Todo en aquel cuartucho pregonaba el *fracaso*.

—Hay una sola silla buena —avisó el arrendatario—. Usela usted.

—Gracias... ¿No fue a la oficina? —lanzó en tono casual el investigador.

—Estoy suspendido... Diez días.

—¡Pero, mire usted! ¿Algún problema con la Dirección?

UN RELAMPAGO de rencor estremeció las venillas de los ojos turbios.

—¡Fue una injusticia! Por una falsa queja...

—¿Queja?

—¡Esa *histérica* de Esmeralda Capurro! ¡No tenía por qué!

—Ah, sí: típico de ellas. ¡Se lo toman todo a la tremenda!

—¡Nadie le viene bien a la Princesa! —masculló Raskowsky.

—¿Princesa?

—Le puse yo así: Princesa Grace. Por el cutis, ¿sabe?

Había añoranza mal disimulada, diluida en aquella voz, pensó Juan Carlos. Y el episodio de la mañana... Recordó uno de los chismes del locuaz secretario, Farrazzini: *“El loco Rasko anda medio obseso con la Esme... ¡La ve hasta en la sopa! ¡Hasta le escribe versitos, y se los regala, junto con chokolatines! A veces me da pena el pobre..., ¡qué quiere que le diga!”*

LAS PUPILAS de Juan Carlos estaban muy activas detrás de los cristales oscuros. No dejó de notar las fotos adheridas a las paredes: eran todas de Esmeralda Capurro, con una sola excepción.

Optó por el ataque directo:

—¡Bonita galería tiene ahí! —y señaló con el pulgar.

El otro se puso como escolar sorprendido con un *Playboy* en el baño... La faz como tomate, comprimida bajo el cabello que el fijador (endurecido por varios días de capas superpuestas) pegaba al cráneo, estirándolo a partir de la gruesa raya que corría a dos centímetros por encima de la oreja derecha, era grotesca de mirar. Se levantó de la cama donde había estado sentado, y habló, entre amplios ademanes que eran aletazos defensivos:

—¡Ellas me las dieron! ¿Le hago mal a alguien con...?

—La de allí es Lucy García, ¿cierto?

—Sí..., ¡pobrecita! De ella guardo un buen recuerdo, doctor... ¡Le gustaban mis poesías!

—¿Ya está enterado de que llevaba una peluca rubia cuando...?

—¡Ah, sí, sí! —Raskowsky desvió la vista—. Bueno, es lo que dicen...

—¿Se la habría puesto para parecerse a... la Princesa?

El otro levantó los ojos, vivamente.

—¿Y por qué iba a hacer eso?

—Tal vez por capricho —sugirió el detective—. ¡O quizás para complacer a alguien!

—¿Cómo..., complacer? ¿A quién? ¡No sé de lo que habla!

El desmedrado cuerpo se movía a remozones, igual que en una película fuera de cuadro. Ese mezquino envase contenía mucha pasión reprimida, observó Juan Carlos para sí. ¿Podría aquella pasión haber llegado a desencadenarse de un golpe..., con resultados trágicos?

SE ECHÓ para atrás en la silla; el piso de madera carcomida rechinó.

—Corren ciertos rumores de que el doctor Quintana... —insinuó.

—¡Es un morbosos! ¡Ese hombre es un morbosos!

—Lo único que oí fue que le gustan las chiquilinas. ¡No me parece tan grave!

Raskowsky adelantó la cabeza. Se le saltaban los ojos, al gritar:

—¡Es un *voyeur*! ¡Le encantan los videos porno! Y con las mujeres... es un... desviado. ¡Puras aberraciones!

—¿De veras? —Juan Carlos alzó las cejas—. ¡No lo habría creído de él! Tiene un aire tan distinguido... ¡Miembro honorario del “Lambda-Psi-Kappa” de Princeton, según sé!

—¡Ja! —El brazo derecho de Raskowsky, bastante más corto que el izquierdo, azotó el aire, en ademán de horrible desprecio—. ¡Esa es la fachada! ¡Las apariencias! ¡Pero a mí nunca me pudo engañar! Y él lo sabe muy bien... ¡Por eso la tiene conmigo!

—¿Abusó de su autoridad contra usted?

—¿Y por qué piensa que me encajó estos diez días sin sueldo? ¡Porque no me le callé, no! ¡Le dije en la cara todo lo que es! ¡Y un tipo como ése..., hablarme de “moralidad para con las funcionarias del despacho”!... —Se atragantó con las dos sílabas finales, trémula la hundida barbilla.

—Así, pues, que lo de Esmeralda no fue más que un pretexto, ¿eh?

—¡La histérica ésa también es responsable! ¡No le hice nada que no le haya hecho medio Ministerio! Y ahora sale haciéndose la modosita... ¡Con todo lo que lleva corrido! —Sin previo aviso, se lanzó a la pared, arrancó las fotografías y empezó a hacerlas trizas—. ¡Rubia tenías que ser! ¡Vanidosa! ¡Trepadora! ¡Pretenciosa!

JUAN CARLOS fingió una calma que empezaba a abandonar:

—¿La chica usa sus encantos para saltarse el escalafón?

—¡Y no! ¡Con tal de subir rápido, es capaz de cualquier cosa, ésa!...

Su magro tórax se expandía y se contraía febrilmente; la respiración silbaba al salirle de la boca. De pie, rodeado por fragmentos de cartulina dispersos —un par de ojos brillantes; un sedoso mechón rubio; el torneado cuello blanco y medio hombro; una oreja adornada con un largo zarcillo; más los blancos, blancos, blancos de los dorsos—, Raskowsky era una triste encarnación de la desgracia humana... Juan Carlos sintió que lo invadía una especie de vergüenza innominada: tal vez había ido demasiado lejos.

PERO enseguida se acordó de Lucy, tan joven todavía, con pleno derecho a disfrutar de muchos años más de vida; Lucy, con la garganta abierta y el aliento cortado por obra de una pasión desenfrenada, o bien por frío cálculo... Apretó las mandíbulas y relegó la

conmiseración a los sótanos del alma. ¡La muerte violenta es mucho peor que el sufrimiento moral, incluso uno de la especie del que aquejaba a Raskowsky! Porque el sufrimiento se acaba alguna vez, en tanto que la muerte es irreversible.

Repiquetearon varios golpes a través de la pared. El joven respingó.

—¡Cállese, vieja bruja! —vociferaba Raskowsky, dirigiéndose a una desconchadura.

Una voz, amortiguada por el espesor de los ladrillos y la argamasa divisorios, replicó:

—¡A veg si dejan de escandalizag, ahí!

—¡Estoy en mi pieza, y grito cuando me da la gana!

—Por favor, cálmese —intervino Juan Carlos—. Yo ya me voy.

—¡Maldita bruja! ¡No tiene derecho! ¡Esta pieza es mía, yo vivo aquí! —y aporreó con furia la pared, hasta que saltaron trozos de revoque.

—¡No, por favor, no siga! —Juan Carlos lo retuvo por un brazo—. No vale la pena exaltarse... Tiene razón usted; pero ahora déjela, ¿eh?

—¡Yo... vivo acá... y grito... todo... lo que quiero!

—Sí, sí; pero, por favor, ya basta.

El joven se llevó consigo una aplastante sensación de disgusto. Estaba arrepentido de haber venido a interrogar a Raskowsky... En lo alto seguía brillando el sol, notó al salir (¡ni miras de que amainase la sequía!); pero, de algún modo, las cosas parecían más lóbregas.

Juan Carlos sentía como si un surtido de nubarrones estuviera incubándose en su interior. Sin saber por qué, le vino a la mente una imagen de Virginia Linares... Al pensar en la relación de ambos, abruptamente interrumpida, se sintió más desdichado aún. ¡Aquel bendito día, que tan bien comenzara, había acabado por arruinársele! ¡Y el auto, en el taller, sabía Dios hasta cuándo!

Ensayó la autobroma terapéutica:

—¡Bah! “¡Esto no pasa de una crisis de identidad!”, como diría Virginia...

¡Psicólogos!, pensó, malhumorado. ¡Cuántas veces no andarán peor ellos que sus pacientes!...

U NO DE tales psicólogos, incidentalmente, se habría frotado las manos (excitadas las glándulas del profesionalismo), de poder presenciar lo que ocurría en la pieza N° 4, tras haberse marchado Juan Carlos.

Raskowsky se había sentado en el suelo, en pose vagamente reminiscente de la de los santones hindúes, y se dedicaba a la ímproba tarea de volver a reunir uno a uno los trozos de las fotografías rasgadas. Su concentración rayaba en el onanismo.

—Un rompecabezas... —gruñía, en tono apenas audible—. Igual que la vida. ¿No es para reírse? ¡La vida es un rompecabezas sin solución, y uno, dale que dale..., dale que dale, quiere armarlo a toda costa! ¡Da risa, mismo!

Siguió así durante largo rato, demostrando más paciencia de la que se habría supuesto en él. No se escuchaba otro rumor que los leves sonidos que él mismo causaba, a fuerza de manosear los fragmentos de papel sensible, el monótono ronroneo de su soliloquio, y sus aspiraciones y espiraciones, roncadas y afanosas. No tenía reloj en la pieza; la vecina, por su parte, ya se había calmado. Entre tanto, el sol describía el eterno arco que los humanos nos empeñamos en adjudicarle, y sus rayos, en progresiva oblicuidad, iban retirándose poco a poco del sombrío cuartucho.

De pronto, y justo cuando un fino haz dorado chocó contra el espejo de la cómoda, rompiéndose, a modo de despedida, en un doméstico remedo de nova, algún dique cedió en la mente de Jorge Raskowsky.

EL EXTRAÑO sujeto se irguió de un salto y, con un grito inarticulado, arrojó hacia el cielorraso los trocitos que tanto afán le costara juntar.

Entonces su voz brotó, impetuosa, gemebunda, en grotesco alabeo de canción. Ninguna humedad, sin embargo, surcaba las sumidas mejillas, porque tenía los párpados igual de secos e insensibles que el cartón. Parafraseaba a Homero Manzi, sobre una vaga aproximación al ritmo de Demare, con escalofriante intensidad:

—“*¡La Esme es prostituta
como ninguna!...
¡Hay que pegarle un tiro
en el corazón!
¡A las rubias...
habrí-á que matarlas a todas!
A las rubias...
se las debe borrar del recuerdo...*”

Estaba completamente a solas, excepto por la imagen que le devolvía la manchada luna del espejo. De haber tenido audiencia, parte de ésta habría optado sin duda por la risa. Algunos otros, en cambio, más profundos, se sentirían aquejados por una indefinible angustia, al reconocer en aquella suerte de cristal deformante el reflejo de sus propias frustraciones escondidas... ¿Cuánto de lo que hacía Raskowsky era volitivo, y cuánto involuntario? ¿Orquestaba una sangrienta autoflagelación mental, mofándose de sí mismo?

Acaso la vida (como él intuyera) sea en verdad un rompecabezas insoluble.

PARA cuando Juan Carlos hubo seleccionado la llave de su oficina entre las de su llavero, la depresión parecía bastante superada. Incluso fruncía los labios en un silbeteo jocundo, en tanto jugueteaba con la idea de marcar en el teléfono el número de cierta seductora psicóloga... Repentinamente se extinguió el silbido, y los labios se congelaron en un pequeño círculo mudo.

A todo lo largo de la altura de la puerta, una cinta vertical de luz enviaba su silencioso timbre de alarma.

Tranquilo..., se dijo Juan Carlos. Puede ser el viejo.

Adelantó una mano cautelosa... y se paralizó al recordar que Dorteros *senior* no tenía duplicado de la llave. ¿La mujer de la limpieza?... ¡Difícil a aquella hora de la tarde!

Con suma lentitud empezó a aplicar presión contra la puerta.

Despacio... Calma. ¡Pero abriendo bien los ojos, Juanca!

—Adelante, detective.

AQUELLA voz sardónica lo hizo respingar. En un impulso incontenible, penetró como toro que embiste, decidido a saber a qué atenerse...

Dos suelas del número 48, por lo menos, exhibieron su intimidad ante los ojos parpadeantes de Juan Carlos. Se veía un orificio circular en la suela de la derecha, señal inequívoca de que su dueño debía de ser un gran caminador.

En esos momentos, empero, el susodicho estaba cómodamente instalado en el mismísimo trono de Juan Carlos, añadiendo a su desparpajo la suprema irreverencia de profanar el escritorio con los pies... El vándalo se dedicaba a la tarea de limpiarse las uñas con un monumental cortaplumas; al entrar el joven, la bruñida hoja osciló en el aire, a modo de saludo juguetón.

—¡Bueno, bueno! ¡Qué gusto de verlo, detective! ¿Se da cuenta de que me tuvo más de tres horas esperándolo?

—¿Qui-quién es usted? —logró balbucir al fin Juan Carlos—. ¿Cómo hizo para entrar?

CON UNA sonrisa tendida a todo lo ancho de la cara rojiza, el individuo plegó el cortaplumas y se lo metió en un bolsillo. Luego retiró los pies de su elevado sitio para

posarlos en el suelo. Al avanzar al encuentro de Juan Carlos, se le abrió un poco el saco, y el detective se estremeció ante la vista del mango de un treinta y ocho, a la altura del sobaco izquierdo.

—El administrador me dejó pasar —manifestó el hombre, con un brillo divertido en los ojuelos pardos—, en cuanto saqué la placa. Y en lo que respecta a mi identidad... —y descubrió otra vez la dentadura, en la que relucía una incrustación dorada—, puede leerla usted también, en la misma placa que le digo. ¿Ve?

El joven Dorteros era algo más alto que el intruso, pero la palma que éste le acercó al rostro habría podido cubrirselo holgadamente. Había un destello dorado en esa palma: Juan Carlos guiñó los ojos, fugazmente deslumbrado.

—¿Policía? ¿Y qué diablos...?

—Teniente Mendoza —informó el otro. Se guardó la identificación en uno de los bolsillos interiores del saco, con lo que dejó otra vez a la vista la cache del revólver—. ¿No le... suena el apellido? —preguntó.

Atónito, Juan Carlos sacudió la cabeza. ¿Estaría enloqueciendo?

La caraza del policía se aproximó a la suya. En tono casi acariciador, el robusto sujeto formuló otra interrogante:

—¿Y Nelly Mendoza..., tampoco le dice nada?

EL JOVEN investigador se obligó a cavilar. De repente brilló una luz en su cerebro atribulado. Aquella ficha...

Mendoza de San Julián, Nelly. Infidelidad. Pruebas suficientes para un juicio de divorcio sin derecho a indemnización. Caso cerrado y bien remunerado.

El grueso índice de Mendoza enganchó por delante el cuello de la camisa de Juan Carlos, atrayendo hacia sí al detective.

—Dejaste en la calle a mi hermanita..., pesquisa barato —susurró, siempre sonriente—. ¡No te imaginás cuánto voy a disfrutar esto!

La propia desesperación ante lo absurdo de todo aquello hizo que el joven, de un sacudón, se desprendiera. Rojo de cara, vociferó:

—¿Pero qué dice? ¿Está loco usted?

—Nada de eso... —ronroneó Mendoza—. Nada de eso, ¡Filip Marlou de bolsillo!

—¡Sé cuáles son mis derechos, le aviso! ¡Si llega a tocarme...!

Se esfumó la sonrisa. De un empujón en el pecho, Mendoza lo envió contra la pared. Inmediatamente se pegó a él, oprimiéndolo sin piedad entre su masa anatómica y el empapelado color de rosa.

—Tus derechos se los recitás al comisario, cucaracha. ¡Estás arrestado!

Fue igual que un “uppercut” de Hollyfield... Atontado, Juan Carlos ni siquiera halló energías para protestar.

¡Ahora sí que el día se estropeó de veras!, pensó.

Y al encontrarse viajando en el coche patrullero, previamente cacheado de armas sin ninguna ceremonia por su captor, con un robusto uniformado del Cuerpo de Policía Nacional a cada lado, como implacable prensa, se le escapó una desolada invocación mental:

¡Papi! ¡Viejo Dorteros! ¿Dónde te metiste ahora, cuando te preciso en serio?

© copyright 1991-2016, Carlos M. Federici

ALGO SOBRE EL AUTOR



Nacido en Montevideo en 1941, Carlos M. Federici debutó en la narrativa en 1961, con el cuento "El Secreto", aparecido en la revista "Mundo Uruguayo" (hoy extinta). Desde 1968 comienza difundir sus relatos

policiacos, de **fantasía** y de **ciencia ficción** en el mercado internacional, siendo posteriormente traducido a varias lenguas. Es autor de seis novelas, y paralelamente ha tenido incursiones en el **cómic**, habiéndosele otorgado diversos premios en certámenes literarios a lo largo de su trayectoria.

Panorama de su obra en:

<http://urumelb.tripod.com/autores/federici/index.htm>

SÍ A TI TE INTERESA CONECTARTE CON EL AUTOR AQUÍ ESTÁ SU DIRECCIÓN DE CORREO:

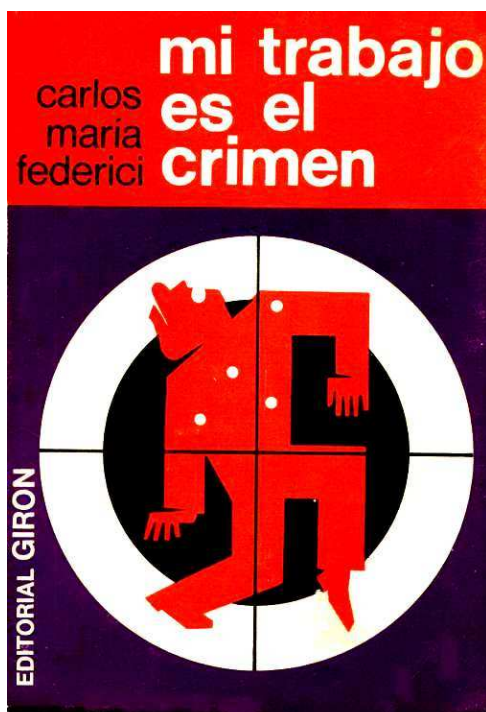
cmfederici@hotmail.com

Otras novelas policiacas de Carlos M. FEDERICI.



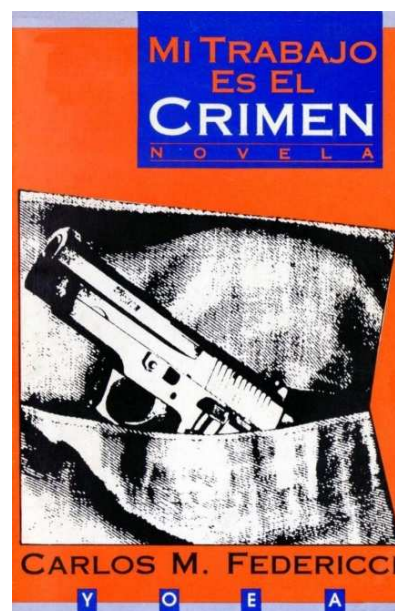
Primera novela de la trilogía, en la cual el comisario Dorteros es figura protagónica. ¡Crímenes misteriosos en balneario de moda! (Editorial "Acme", Buenos Aires).

La orilla roja, 1972

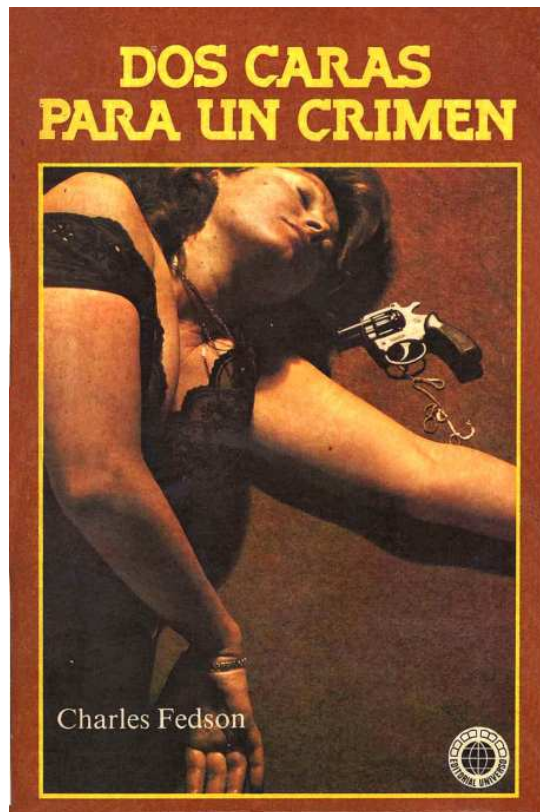


En "Mi trabajo es el crimen" el comisario Dorteros sólo actúa en calidad de "invitado". Este libro relata la historia de un asesino a sueldo, "Lucas" Gazzara, tenazmente perseguido por el comisario Callaza.

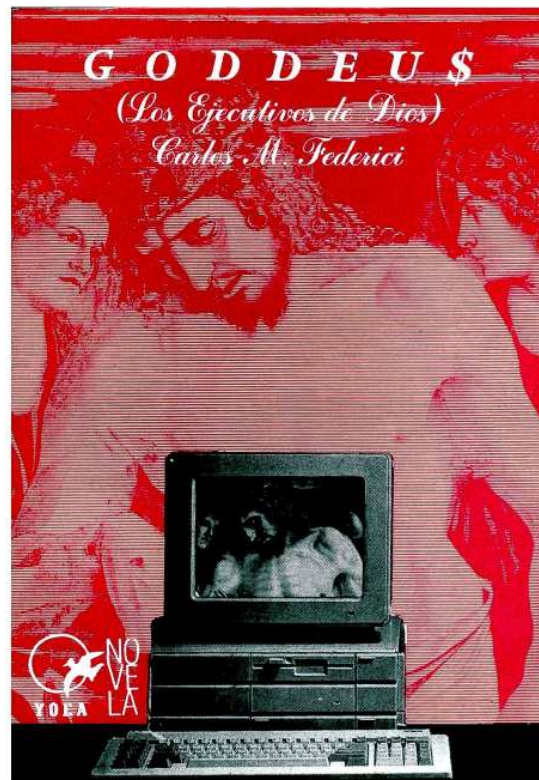
Mi trabajo es el crimen, 1974



Segunda edición (1992). Se hace notar que la primera, de 1974, bien puede considerarse como la incursión pionera en el "Género Negro", inédito hasta entonces, que yo sepa en esta margen del Plata. Ítem para coleccionistas: flagrante error en la portada del apellido del autor...



Dos caras para un crimen, 1982



Goddeu-\$ - Los ejecutivos de Dios, 1989